ADMINISTRACION

LÍRICO-DRAMÁTICA.

¡LA BUENA ALHAJA!



Se vende en Madrid en la libreria de *Cuesta,* calle de Carretas.



COMISIONADOS DE ESTA ADMINISTRACION.

Adra.	F. A. Robles.
Aguilar de la Frontera	R, Paniagua.
Albacete.	R. S. Perez.
Alberique.	J. Alfonso y Cuevas.
Alcalá de Henares.	Z. Bermejo.
Alcira.	J. Alfonso y Cuevas.
Alcoy.	Paya é hijos.
Algeciras.	R. Muro.
Alicante.	A. Lloret.
Almaden.	M. E. Godoy.
Almagro	A. Vicente Perez.
Almeria.	L. Iribarne.
Almodovar del Campo.	J. Rniz y Fernandez.
Andújar.	D. Caracuel.
Antequera.	J. M. Casaus.
Aranda de Duero.	J. Perdiguero.
Aranjuez.	D. Santisteban.
Arenys de Mar.	D. Prieto.
Avila.	N. P. Rocandio.
Avilés.	V. Sanchez del Rio.
Badajoz.	F. Coronado.
Baena.	F. Fernandez.
aeza.	C. Treviño.
ilen.	J. M. Sellés.
bastro.	G. Corrales.
celona.	A. Saavedra.
	J. Calderon.
	M. Illan.
ente.	P. Fidalgo Blanco.
	L. Iribarne.
	T. Astuy.
	F. Fernandez.
	M. Arbiol.
	T. Arnaiz.
	J. B. Yañez.
	J. Valiente.
	E Mendiola.
ayud.	F Molina.
arias.	M. Savoie.
rranza.	T. Astuy.
aravaca.	P. Muñoz.
Carcagente.	J. Alfonso y Cuevas.
Carmona.	J. R. Dominguez.
Cartagena.	J. Pedreño.
Carrion de los Condes.	P. Montoya.
Castellon.	J. M. de Soto.
Castrourdiales.	T. Astuy.
Ceuta.	J. Molina é Ibañez.
Chiclana.	L Cañizares.
Ciudad-Real	Viuda de Gallego.
Ciudad-Rodrigo	P. Tejeda.
Córdoba.	M. Muñoz y Blasco.
Coruña.	J. Lago.
Cuenca.	P. Mariana.
Cullera.	R. Martinez.
Daimiel.	R. G. Camarena.
Ecija.	J. Giuli.
Estella.	Silverio Josué.
Estepa.	R. Cornejo.
Elorrio.	T. Astuy.
Ferrol.	J. Lago
Figueras.	J. Bosch.
Filipinas.	A. Olona.
Gerona.	F. Dorca.
Gijon.	Crespo y Cruz.
Granada.	J. M. Fuensalida.
Guadalajara.	F. Sanchez.
Guernica.	T. Astuy.
Habana.	Charlain y Fernandez.
Haro.	P. Quintana.
Hellin.	J. M. Paredes.
Huelva.	J. de Osorno é hijo.
Huesca.	M. Guillen.
Irun.	P. Galindo.
Jaen.	R. Hidalgo.
Játiva.	J. Perez.
Jerez.	F. Alvarez y Aranda.
Jodar.	I. Coma y Prados.
Leon.	M. Gonzalez Redondo.
Lérida.	J. Portarriu.
Linares.	R. Carrasco.
Logroño.	P. Brieba.
Loja.	V. Cerezo.
Lorca.	A. Gomez.
Lucena.	J. B. Cabeza.
Lugo.	Viuda de Pujol.
Llerena.	B. Guerrero.
Mahon.	P. Vinent.
Málaga.	J. G. Taboadela.
Manresa.	P. Comelias.
Manzanares.	V. Moraleda.
Marchena.	J. N. Dominguez.
Martos.	R. Sibauto.
Mataró.	N. Clavell.
Medina del Campo.	J. Carrascoso.
Medina Sidonia.	J. de Nicolau
Mérida.	M. de Bartolomé Diaz.
Mondoñedo.	F. Delgado.
Monovar.	R. Berenguer.
Mula.	M. de Toro.
Montilla.	J. Rodriguez Perez.
Montoro.	J. G. de las Casas.
Motril.	A. Ballesteros.
Mundaca.	T. Astuy.
Murcia.	T. Guerra.
Nájera.	M. Fernandez.
Ocaña.	V. Calvillo.
Olivenza.	M. Campos.
Orduña.	T. Astuy.
Orense.	J. Ramon Perez.
Orihuela.	A. Aguiar.
Osuna.	V. Montero.
Oviedo.	B. Longoria.
Palencia.	G. Camazon.
Palma de Mallorca.	E. Pascual y J. Gelaber.
Pamplona.	J. Rios Barrena.
Peñaranda.	N. Hernandez Pizarro.
Ponteverdra.	M. Verea y Vila.
Portugalete.	T. Astuy.
Priego (Cordoba).	M. P. Moreno.
Puerto de Sta. Maria.	J. Valderrama.
Puerto Real.	J. de la Cámara.
Puerto-Rico (Mayagüez).	J. Mestre.
Requena.	C. Garcia.
Reus.	J. B. Vidal.
Rioseco.	M. Prádanos.
Ripoll.	L. Garcia.
Rivadeo.	F. Fernandez de Torres
Ronda.	R. Gutierrez.
Sabadell.	B. Pedemonte.
Salamanca.	T. Oliva.
Sallent.	D. Malagarriga.
San Feliú de Guixols.	P. Caymó.
San Fernando.	A Tellez de Meneses.
San Ildefonso.	R. J. Serna.
Sanlúcar.	J. M. Villar.
San Roque.	J. Acebedo.
San Sebastian.	I. R. Baroja.
S. Lorenzo.	S. Herrero.
Santander.	P. Basañez.
Santiago.	B. Escribano.
Santo Domingo de la Calzada.	J. Cirugeda.
Segovia.	J. Sancho Pulido.
Sevilla.	F. Alvarez.
Soria.	F. Perez Rioja.
Talavera de la Reina.	A. Sanchez de Castro.
Tarazona de Aragon.	P. Veraton.
Tarifa.	J. Moriano Piñero.
Tarragona.	M. Sol.
Tarrasa.	F. Ubach.

¡LA BUENA ALHAJA!

¡LA BUENA ALHAJA!

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

IMITADA DEL FRANCÉS

POR

D. EMILIO MOZO DE ROSALES.

Representada por primera vez en el teatro del Príncipe el dia 14 de Diciembre de 1861, á beneficio del primer actor del género cómico D. Mariano Fernandez.



MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1861.

PERSONAS.		ACTORES.
LUISA....................	Doña	Elisa Boldum.
DOÑA AMPARO..........		Balbina Valverde.
D. PRUDENCIO..........	Sr.	Fernandez. (D. M.)
D. CÁRLOS..............		Casañer.
D. EDUARDO............		Alisedo. (D. J.)
D. ANGELITO...........		Benedí.
DOMINGO................		Sanchez.
Estudiantes.		

1.ª pta. [illegible]

ACTO PRIMERO.

Sala modestamente amueblada. Puertas laterales y una al fondo. En primer término una mesa de despacho, con papeles, libros y recado de escribir. Al levantarse el telon, Domingo limpia dos gabanes colocados sobre dos sillas. Amparo sale por una puerta lateral.

ESCENA PRIMERA.

DOMINGO, despues DOÑA AMPARO.

DOM. (Suena un campanillazo.) Ya voy, ya voy, don Cárlos. (Otro campanillazo.) ¡Otra te pego! ¡Ese debe ser don Eduardo! Tiene un modo de llamar que rompe todas las campanillas, y yo... ¡Pues no se me han quedado dos botones entre los dedos!

AMPARO. Pero, Domingo, ¿no oyes que estan llamando como unos energúmenos?

DOM. ¡Pues que llamen! Ya se sabe que en una casa de huéspedes no se puede servir al vapor.

AMPARO. ¡Estúpido!

DOM. ¿Qué manda usté?

AMPARO. ¿Es esta casa de huéspedes por ventura?... No recibo mas que por favor.

DOM. Pues los señoritos del gabinete bien pagan.

AMPARO. ¡Ya! lástima fuera que los mantuviera de balde... Eso no sucede mas que algunas veces, por fortuna.—Dime, ¿ha venido don Angelito?

DOM. No, señora.

AMPARO. El pobrecito estará en clase todavia.

DOM. ¿En clase? ¡ya, ya! Dicen los del gabinete que hace ocho años está perdiendo curso... y gastando su fortuna en los Andaluces. Esta mañana salia de los de la calle del Príncipe, cuando pasaba Luisa, la modista de la guardilla, y terciándose la capa le dijo con muchísima gracia: «¿Quiere usté que le dé convoy, carita de clavellina?

AMPARO. (¡Pérfido!) ¿Y esa tontuela presumida se dejaria acompañar por don Angelito?

DOM. Ni pensarlo: le miró con desprecio, y pasó á la otra acera, como quien dice...

AMPARO. Bien, bien; no venga usted con chismes. Hoy cumple el alquiler de la bohardilla en que vive, y le diré que busque otra casa.

DOM. No lo sentirá mucho, porque mire usted que la guardilla está apetecible; agujero hay por donde entraria un coche de colleras.

AMPARO. Basta. Lleve usted esos abrigos.

DOM. Corriendo. ¡Ah! ¿Sabe usted quién quiere de veras á la modista?... (Con misterio.)

AMPARO. No me hace falta saberlo. (Domingo dá algunos pasos.) ¡Domingo! ¡Domingo! ¿Quién hace cocos á esa tontuela?

DOM. ¿Quién?... Yo no sé si ella le corresponderá; pero lo que es él... ¡Oh! lo que es él...

ESCENA II.

DICHOS, CÁRLOS y EDUARDO, en mangas de camisa.

CÁRLOS. Pero, Domingo, ¡tú has jurado matarnos de frio!

EDUAR. Ya me ha producido tu pesadez tres pleuresias y dos fluxiones de muelas.

DOM. La señora me estaba preguntando... (Se ponen sus respectivos gabanes.)

AMPARO. ¡Me gusta la salida!... ¡Conque le estaba riñendo yo! (Domingo se marcha.)

CÁRLOS. Basta de digresiones: ¿he tenido carta de mi casa?

AMPARO. No.

EDUAR. ¿Y yo?

AMPARO. Tampoco... y ya era tiempo, porque anda usted bastante atrasado.

EDUAR. ¡Cómo! ¿Todavia piensa usted en el vil metal? ¡Usted,

que vá á ser pronto una rica mayorazga!

AMPARO. ¡Ah! ¡qué cosas tiene usted! ¡Jesus!

CARLOS. Angelito es algo romo, pero riquísimo, doña Amparo.

AMPARO. ¡Vamos! estan ustedes... hoy de un modo... ¿Almorzarán ustedes pronto?

EDUAR. ¡Almorzar! ¡Ay! ¡señora! Tengo que devorar ahora mismo tres tomos de terapéutica.

AMPARO. ¡Jesus! ¡Pues trabajo le mando!

EDUAR. Mañana es el gran dia, doña Amparo. Mañana tomo el grado. Mañana la España reconocida, saludará á un Esculapio mas.

AMPARO. ¿Conque es cierto? ¡Conque nos abandona usted, apreciable jóven!

EDUAR. La patria me llama.

AMPARO. No me consolaré nunca.

EDUAR. No se aflija usted; siempre tendré ocasion de ayudarla á bien morir.

AMPARO. ¡Ay! no lo quiera Dios; y eso que de algun tiempo á esta parte padezco unos dolores en el pecho...

EDUAR. Conocido: eso se llama en términos técnicos caries del esternon. Récipe. Acelgas tres veces al dia, y agua de cremor los domingos.

AMPARO. Muchas gracias, doctor.

EDUAR. Todavia no, encantadora pitonisa.

AMPARO. Adios, picarillo.

ESCENA III.

CÁRLOS, EDUARDO.

CARLOS. Feliz tú que siempre tienes buen humor.

EDUAR. Como no cuesta dinero, hago acopio los lunes para el resto de la semana, y sin embargo, la verdad es que deberia estar triste, más triste que mi bolsillo á fin de mes. Pensar que mañana me van á entregar el mundo para que cure todos sus alifafes... ¡Cuidado si habrá alifafes en este mundo! ¡Lo peor es que no he aprendido una palabra en estos últimos seis años!

CARLOS. ¡Hombre! ¡y no te horrorizas!

EDUAR. Me horrorizo, pero ¡qué diablo! ¡no puedo impedir el curso de la naturaleza! Si se me muere algun enfermo, será señal de que se debia morir, y si se cura, lo

mismo.

Carlos. En fin, tú vas á concluir mañana esta vida de despilfarro y holgazaneria... pero yo... ¡ay! ¡mi conducta no tiene perdon de Dios!

Eduar. ¿Sigues escribiendo á tu madre que hay esperanzas de ganar el pleito que has venido á seguir á Madrid?

Carlos. Y que he perdido hace tres meses por mas señas.

Eduar. Tambien me has hablado con frecuencia de una boda proyectada por tu familia.

Carlos. Mi pobre madre tiene el empeño de que me case con una rica heredera de mi provincia... pero no estoy dispuesto.

Eduar. Bien hecho: el estado honesto es el mejor de todos.

Carlos. ¿Quién lo duda?

Eduar. Sin embargo, creo que tienen mucha parte en tu oposicion los lindos ojos de nuestra vecinita, de Luisa.

Carlos. ¿Sabes?...

Eduar. ¿Pues no he de saber?... estás perdidamente enamorado.

Carlos. ¡Ay! ¡amigo mio! Encuentro en esa jóven un no sé qué, que me encanta.

Eduar. Lo creo: ¡en el no sé qué!... está el anzuelo. Pero haces muy mal en aficionarte de veras, imítame á mí. En los seis años de medicina que he cursado en Madrid, he tenido veinticuatro novias; una por estacion. Me enamoraba de las rubias en primavera, y dejaba las morenas para el invierno.

Carlos. Yo no soy asi. Al verdadero amor no se le dá pasaporte cuando se quiere.

Edu. El mio cambiaba de cédula de vecindad sin pedirme permiso, y no me arrepiento, porque me han pagado en la misma moneda; engaño por engaño. Ahora me revalido, tomo mi título, y adios, el Madrid de las calaveradas y de los despilfarros, hasta el valle de Josefat. ¡Eh! que buen médico haré yo: vestido de negro, con un baston de puño redondo en la mano, y tosiendo de tiempo en tiempo para darme importancia. Mira, quisiera que te pusieras malo para emplearme en tu persona, y ensayarme un par de dias.

Carlos. Mil gracias.

Fuentes con capa
Foro Dcha

ESCENA IV.

DICHOS, ANGELITO, y varios ESTUDIANTES.

ANG. Buenos dias nos dé Dios, cabayeros.

EDUAR. Bien venidos, ilustres cursantes de la central.

ANG. Como tomas el grado mañana, estos han dicho: «Pues que la pague.» Y yo he contestado: «lo que es mesté es que haya disposision, que lo que es ganas no fartan.»

EDUAR. ¿Y tú, cuándo la pagas, Angelito?

ANG. Cuando queme toos los libros que me está comprando el pobrecito de mi papá hace ocho años... porque too se guelven retóricas, y á mí lo que me gusta son la tauromaquia y la manzanilla é mi tierra y lo demas es perder una persona el pesquis.

EDUAR. Pero un muchacho rico y de buena familia debe crearse una posicion.

ANG. No me gusta mas posicion que la horizontal.

EDU. Sin embargo, los estudios profundos...

ANG. Pá poner unas banderillas á un retinto de Lesaca y bailar unas malagueñas, no se necesitan estudios. Yo soy mayorazgo y bruto... y no digo mas. Oye, Eduardillo, ¿vamos á jugar una timba pa pasar el rato?

EDUAR. ¿Pero hombre, y la... terapéutica?

ANG. Que juegue tambien la terapéutica.

TODOS. ¡Á jugar! ¡á jugar!

EDUAR. Doña Amparito. .

ESCENA V.

DICHOS, DOÑA AMPARO.

AMPARO. ¿Qué ruido es este?

TODOS. Mesa.

AMPARO. De ningun modo; en mi casa no se juega. ¡Qué escándalo! Si lo supiera la policia.

ANG. Yo tengo mucha mano con la policia, entremos en mi cuarto.

AMPARO. He dicho que no se juega.

ANG. ¿Pues qué no soy yo nada para usted, carita de serafin?

Casañas con saco y sombrerera foro Dcha
con reloj y cadena

AMPARO. ¡Ay! ¡don Angelito! cómo me está usted comprometiendo. (Á media voz.)

ANG. ¡Viva la gracia del Mansanarez! ¿Quién talla? (Entra por la puerta lateral derecha. En este momento aparece don Prudencio en traje de camino y con un saco de noche en la mano.)

ESCENA VI.

DOÑA AMPARO, D PRUDENCIO, despues DOMINGO.

PRUD. ¿Es este el número siete de la calle de la Sarten?

AMPARO. Si, señor.

PRUD. ¿La casa de huéspedes?

Duran foro Dª

AMPARO. Soy yo. ¡Caballero!...

PRUD. ¡A! ¿es usted la casa de huéspedes?

AMPARO. Por herencia. ¡Domingo! Mi tia la tuvo diez y ocho años, y yo he seguido la empresa. (Sale Domingo.)

PRUD. ¡Es posible! ¿ Con que usted es... la sobrina de doña Beremunda Remiendabotin?

AMPARO. Si señor; yo me llamo Amparo Remiendabotin.

PRUD. ¡Ah! señora, deme usted un abrazo. (Abrazándola.)

AMPARO. ¿Caballero... qué hace usted?

DOM. (¡Si será un pariente!)

PRUD. ¡Dispénseme usted, pero estoy tan trastornado!... Con que te vuelvo á ver, por fin.

DOM. ¡Á mí, señor!

PRUD. No; esta exlamacion pertenece al inmueble; pero con la alegria habia olvidado las reglas mas sencillas de urbanidad. ¿Sigue usted buena, señora?

DOM. (¡Anda! ¿Despues de haberla abrazado le pregunta cómo está?)

PRUD. Me alegro. ¿Y tiene usted una habitacion disponible?

AMPARO. Si señor; no residen en la actualidad en mi casa mas que dos jóvenes de Antequera. Uno de ellos se marcha pasado mañana.

PRUD. ¿De Antequera? Pues si es mi patria natal. Llámelos usted al momento: debo conocerlos.

DOM. Corriendo... Señorito Cárlos, don Eduardo: vengan ustedes. Un caballero de Antequera desea verlos.

Juanito Jayme y Fuentes pta 1ª Dcha
Derecha

ESCENA VII.

DICHOS, CARLOS, EDUARDO, ANGELITO, ESTUDIANTES, que entran corriendo.

CARLOS. ¿Quién pregunta?
EDUAR. ¿Quién es?
CARLOS. ¡Qué veo! ¡Don Prudencio!
TODOS. ¡Don Prudencio!
CARLOS. ¿Usted por aqui?
EDUAR. ¿Le han nombrado á usted diputado?
ANG. ¿Viene usted á ponerse denticion?
PRUD. ¡Un abrazo, amigos mios; queridos compatriotas! Os extrañais que esté entre vosotros, en Madrid, en la calle de la Sarten, y en una de las peores casas de huéspedes de la coronada villa?
AMPARO. ¡Caballero!...
PRUD. No es favor, señora, es justicia. Pues bien, sabed que no me han nombrado ni diputado, ni comisionado siquiera del ayuntamiento. Vengo simplemente á divertirme, á correrla en grande.
EDUAR. ¡Usted, don Prudencio! ¡Usted, el hombre de peso de Antequera!
PRUD. Si, amigo mio: yo, el hombre de peso de Antequera, vengo á gastar, á bailar, á divertirme, á hacer locuras durante quince dias. Hace veinte años que abrigo ese deseo, porque en aquella época era yo un pollo calaverilla y tronera como tú... que cortejaba á las muchachas (Á Eduardo.) como tú... que perdia curso (Á Cárlos.) sobre curso, y que pasaba por un borrico como tú, Angelito. (Á Angelito.) Entonces vivia en esta casa en un cuchitril interior... y no pagaba nunca á la patrona... y traia revueltas á las muchachas de la vecindad, y alborotaba los bailes del Tívoli... y aturdia con mis gritos el café de Lorenzini. Era un verdadero perdido, sin rey ni ley. ¡Una buena alhaja! ¡Pero un dia paf! fué preciso cambiar de vida; abandoné mis amores y mis calaveradas y me encerré en mi provincia. Me volví grave: hice una rápida fortuna, pero echaba siempre de menos mis veinte años, mi cuchitril de la calle de la Sarten, y mi vida de estudiante.
CARLOS. ¡Bien! ¡Bravo!

EDUAR. Eso se llama tener corazon.

PRUD. Hubiera podido instalarme en la mejor fonda de Madrid y hacerme servir como un príncipe... tengo dinero en abundancia; pero he preferido venir á visitar mi antigua casa y habitar mi cuarto interior. Supongo que estará tan oscuro como en otros tiempos... ¡Magnífico! ¡cuanto menos restaurado esté, mejor me parecerá hoy! ¡Oh, amigos mios! un dia comprendereis, si llegais á ser ricos, con cuánto placer se vuelve á visitar el cuarto en donde uno ha sido pobre y estudiante.

AMPARO. ¡Ay! ¡Caballero, me hace usted derramar lágrimas!

PRUD. ¡Qué me cuenta usted! ¡Lágrimas en un dia tan alegre! ¡Qué disparate! Lo que es necesario es pensar en divertirse.

ANG. Si, si: vamos de fonda. Á mí me gusta mucho ir de fonda.

PRUD. ¡Magnífica idea! Angelito, tú que comes en las mejores de Madrid, manda que dispongan una comida á tu gusto.

TODOS. ¡Viva don Prudencio!

PRUD. Beberá usted una chispita de Jerez seco. (Á Amparo.)

AMPARO. Si Angelito lo permite....

PRUD. ¡Ah! conque si Angelito... (¡Vamos!) ¿Pues no ha de permitir?... y al fin de la comida bailaremos el minué... yo no sé mas que el minué. ¡Ah! tomen ustedes mi reloj con su cadena; las dos cosas valen cuatro mil reales; empéñenlo ustedes.

CARLOS. ¿Cómo! ¿empeñar? ¿no tiene usted dinero?

PRUD. ¿Pues no he de tener? mi cartera está llena de letras de cambio; pero quiero empezar la broma empeñando mi reloj como hacia en otro tiempo. Tenia yo entonces una especie de calderómetro que estuvo cincuenta veces preso, y cada vez le gustaban mas las encerronas: era incorregible! Conque, correr, hijos mios. ¡Ah! encargad al fondista que prepare un ponche muy fuerte, muy fuerte! ¿Á usted le gustan las cosas fuertes? (Á Amparo.) Su difunta tia se bebió un dia un cazuelo de ponche de huevo... y no se murió, porque los Remiendabotin tienen un estómago á prueba de bomba. Cuando esté todo corriente venid á avisarme.

TODOS. ¡Bien, bien! (Todos menos Prudencio y doña Amparo salen por el foro.)

ESCENA VIII.

D. PRUDENCIO, DOÑA AMPARO.

PRUD. Pobres muchachos, qué contentos se han puesto solo con ofrecerles una comida. Que ruido meten, ¿eh? Las piernas me bailan de oir esa algarabia! (Baila acompañándose con un aire de la cachucha.)

AMPARO. ¿Qué hace usted?

PRUD. ¿Baila usted la cachucha?

AMPARO. ¿Cómo he de saber yo eso?

PRUD. ¡Ah, es verdad! ¡usted será mas antigua que la cachucha!

AMPARO. ¡Don Prudencio!...

PRUD. Mas moderna he querido decir. Si viera usted qué bailarin era yo en otros tiempos! Tuve el gusto de que su señora tia de usted se rompiese una costilla bailando conmigo.

AMPARO. Pues vaya un gusto.

PRUD. ¡Oh! pero no estuvo mas que cinco meses mala.

AMPARO. No me parezco en nada á mi tia, soy mas sensible.

PRUD. Sea enhorabuena.

AMPARO. Y muy desgraciada.

PRUD. Beba usted ponche, señora.

AMPARO. ¡Ponche para los males del corazon!...

PRUD. ¡Mal de corazon! Coma usted berros á todo pasto.

AMPARO. ¡Me refiero á ese simpático jóven... á su paisano de usted... á don Angelito!

PRUD. ¡Ha hecho alguna barbaridad!

AMPARO. ¡Nos amamos! (Á media voz.)

PRUD. ¡No lo dije, una barbaridad!

AMPARO. ¡Yo le puliré, don Prudencio!

PRUD. ¡Hay piedras berroqueñas que no se pulen nunca! Su abuelo murió de empacho, su padre de indigestion, y el hijo es mucho peor que el padre y que el abuelo juntos. Es cuanto puedo decir á usted respecto á la noble é ilustre familia de los Angelones. Conque voy á ver mi cuarto interior y á limpiarme el polvo.

AMPARO. ¡Ay! voy á enseñarle á usted...

PRUD. No me enseñe usted nada. Lo sé todo.

AMPARO. No permitiré...

Caturhinay y Juanito foro Decha

PRUD. ¿Conque no? Ay, qué amable es usted, mi señora Doña Amparo Remiendabotin. (Entra bailando la cachucha.) m.º pta: 12ª

ESCENA IX.

LUISA y CÁRLOS.

LUISA. Si, si; lo que acaba usted de hacer es una imprudencia. ¡Abandonar á sus amigos para acompañarme hasta aqui!... ¡Qué habrán dicho, Dios mio!

CARLOS. Tiene usted razon, Luisa; pero hacia tanto tiempo que no habia tenido el gusto de verla...

LUISA. ¿Olvida usted que estoy sola en el mundo, y que la menor imprudencia puede comprometer mi honra para siempre?

CARLOS. ¡Oh! no, Luisa; el verdadero candor inspira respeto, y sobre todo, ¿quién se atreveria á ofenderla estando yo á su lado?

LUISA. Sus amigos, mis compañeras de labor, todo el mundo. Pertenezco á una clase en donde apenas se admiten excepciones. Se nos juzga sin piedad, y la menor de nuestras faltas es un crímen irreparable. Asi, pues, aléjese usted de mí, Cárlos; no vuelva usted á dirigirme la palabra, pues ni usted debe ser sincero conmigo, ni yo puedo aceptar de buena fé sus obsequios.

CARLOS. ¿Pero no comprende usted que sus palabras aumentan el amor que me inspira? Amor que surgió tal vez por pasatiempo en mi pecho, y que se ha convertido ya en una verdadera pasion!

LUISA. ¡Cárlos, calle usted por Dios! si nos oyeran...

CARLOS. ¡Qué me importa! la honradez y la virtud son dignas de todo aprecio.

LUISA. Pero usted tiene un nombre... y yo soy una pobre artesana.

CARLOS. ¿Qué importa? sabré atravesar sin miedo la distancia que nos separa.

LUISA. ¡Cómo! usted seria capaz...

CARLOS. ¡Si, Luisa!... escribiré á mi madre, le revelaré mi pasion, y ella tan buena y tan generosa conmigo, accederá á mis ruegos.

LUISA. ¡Ah! ¡Dios mio! no me haga usted concebir esperanzas que pueden causar un dia mi desesperacion.

Caraña 2ª Pta Decha

CARLOS. Una sola palabra de sus labios... una sola, Luisa, y seré el mas feliz de los hombres.

LUISA. Dios quiera que con esa palabra no le dé la felicidad de toda mi vida, Cárlos.

CARLOS. ¿Conque me ama usted, Luisa mia?... ¿Conque en fin comprende usted todo lo que he sufrido por ella?.. ¡Ah, gracias! (Cárlos besa con efusion una mano de Luisa.)

PRUD. ¡No se molesten ustedes! (En la segunda puerta de la derecha.)

LUISA. ¡Ah! (Luisa dá un grito, y entra precipitadamente por la primera puerta lateral de la derecha.)

CARLOS. (¡Me ama!)

ESCENA X.

CÁRLOS, D. PRUDENCIO.

PRUD. ¿Con que esas tenemos, caballerito?

CARLOS. Ruego á usted que no crea...

PRUD. ¿Quieres que me vuelva de cal y canto?... Corriente, hombre, no te asustes.

CARLOS. Esa jóven...

PRUD. ¡Es una jóven muy bonita!... ¡Caramba, si es bonita! Á los veinte años le hubiera yo echado el quién vive á doscientos pasos.

CARLOS. ¿De modo que comprende usted que yo la ame?

PRUD. ¿Pues no lo he de comprender? Tu corazon se parece al mio, arde como un cohete á la congreve. Lo que me extraña es que ella te corresponda á tí.

CARLOS. Eso prueba...

PRUD. Que tiene menos experiencia que un bollo de cuatro cuartos.

CARLOS. ¡Oh! No, señor! Luisa comprende...

PRUD. ¿Se llama Luisa? ¡Bonito nombre! ¿Qué comprende?

CARLOS. Que mi amor es profundo y que sabré allanar la distancia que nos separa.

PRUD. ¡Já, já, já!

CARLOS. ¿Por qué se rie usted?

PRUD. Porque me dá la gana de reirme en tus barbas. Porque ignoras lo que la experiencia me ha enseñado; porque tú eres el pollito que empieza, y yo el gallo que puede cacarear gordo. Vamos á ver: ¿qué es esa muchacha?

CARLOS. Uua pobre huérfana que vive de su trabajo.

PRUD. Pobrecilla huérfana, abandonada como una cáscara de naranja en el estanque del Retiro. ¿En qué se ocupa?

CARLOS. Cose en un obrador.

PRUD. Cose... ¿cose desde por la mañana hasta por la noche para ganar un miserable pedazo de pan!... Mira, ¡ya me interesa!

CARLOS. ¡Ah! no podia usted menos de apoyar mis proyectos...

PRUD. Sí, los apruebo; ¡eres un muchacho de corazon! ¡Sientes como sentia yo á los veinte años! ¡Dame un abrazo!

CARLOS. Con el alma y la vida.

PRUD. Pues bien, ahora lo desapruebo.

CARLOS. ¡Cómo!

PRUD. ¿Qué has estudiado tú?

CARLOS. Yo... leyes.

PRUD. Pues bien, jóven sin experiencia, las leyes y la costura son incompatibles: si te casas con esa muchacha labras tu desgracia, y la expones á ser el blanco de una sociedad estúpida y vana. Si por el contrario, le das esperanzas, y la dejas despues... ¡cometes una villania!

CARLOS. ¡Oh! abandonarla.. ¡nunca!...

PRUD. ¡Nunca! ¡nunca! Eso decia yo á los veinte años... pero... Cárlos, yo he sido un hombre criminal, ¿lo creerás?

CARLOS. ¿Usted?

PRUD. Sí, un criminal, ¡y ese recuerdo me entristece! Hace ya muchos años que yo era un jóven elegantísimo, ¿lo creerás, hombre? Gastaba yo un fraquecito color de avellana, y un pantalon amarillo que fascinaban. Inútil es decirte que fumaba en puro, y que iba haciendo monadas con un bastoncito de tres reales.—Una tarde voy al Tívoli... ¿Tú no has conocido el Tivoli? Era un gran baile semi-campestre, adonde concurrian las mejores agujas de la capital. ¡Ay! ¡qué caras se veian allí! su recuerdo solo me quita veinte años de encima! Pues bien, entre aquellas caras hallé una que pertenecia á una encajera, y sin mas ni mas, le encajé una declaracion. Era yo tan arriscadillo y ella tan blanda de corazon, que concluimos por amarnos apasionadamente. La dí palabra formal de casamiento, y ella creyó de buena fé cuanto yo le dije: (¡Pobre Eduvigis!) Pero, ¡ay! un dia recibí una carta en que me mandaba mi padre que dejase inmediatamente la córte, y tuve que

obedecer sus órdenes. Abandoné para siempre el Tívoli y mis amores, y marché con mi padre á los Estados-Unidos.

CARLOS. ¡Es posible!

PRUD. ¡Ah! ¡Cuando te digo que soy un criminal!... ¡Pobre jóven! En pago de lo mucho que la debia solo la dejé mi frac color de avellana. Le estaba poniendo botones. Despues traté de reparar mi falta; pero inútilmente!... ¡Todas mis cartas quedaron sin respuesta.

CARLOS. Un suicidio tal vez...

PRUD. ¿Quién sabe... Pero en fin, aplícate el cuento, y figúrate que tu pobre madre... doña Manolita... ¡Habrá sido muy guapa tu madre!... tiene un lunar en la puntita de la nariz.

CARLOS. ¡Concluya usted!...

PRUD. Pues bien; figúrate que tu madre me ha dicho al saber que venia á Madrid: «Don Prudencio, si vé usted al niño...»—Á propósito; ¡sabes que has crecido mucho desde que has venido á Madrid! ¡Ah! si. «Si vé usted al niño, dígale usted que abandone el pleito y que venga á mi lado. Nuestros bienes estan á merced de administradores que los descuidan y que lo roban todo.» Abre pues el ojo, Cárlos; ya es tiempo de que se efectúe la proyectada boda: una gran boda, ¡amigo mio! No debe desperdiciarse; y sobre todo, lo que mas debe decidirte á partir, es que tu madre no está buena.

CARLOS. ¡Dios mio! ¡y yo que no la he escrito hace un mes! ¡Ah! ¡don Prudencio! ¡Tiene usted razon! ¡soy un miserable!

PRUD. Vamos, vamos, no te entristezcas... ¡Qué diablo! ¡yo he sido peor que tú!... Las madres son madres, y la edad... y la... Mira, entra en tu cuarto y escríbela inmediatamente, pidiéndola perdon por tu largo silencio.

CARLOS. ¡Oh! Si; vuelo...

PRUD. ¡Ah! oye. Díle que he hecho perfectamente mi viaje, que no hemos volcado mas que tres veces desde Antequera aqui.

CARLOS. Voy.

PRUD. ¡Ah! díle tambien que... sigo bueno.

ESCENA XI.

D. PRUDENCIO, solo.

Nada, nada; á los muchachos no hay como hablarles diplomáticamente para que cedan de sus caprichos. En el momento que encuentre á esa linda costurera le voy á decir... ¡no sé lo que voy á decir! Porque las costureras ejercen una fascinacion sobre mí... y sobre todo, si tienen ojos negros. ¡Cuidado que me han gustado los ojos negros!—En fin, es preciso que yo la riña.

ESCENA XII.

D. PRUEENCIO, LUISA, DOÑA AMPARO.

LUISA. ¡Cómo, señora! ¿Tendrá usted la crueldad de despedirme de esa miserable bohardilla que pago religiosamente y en donde vivo dichosa?

PRUD. (¿Qué es esto?)

AMPARO. Ya lo creo que vives dichosa; como que eres el ojo derecho de mis huéspedes. Hasta don Angelito ha perdido la cabeza por tí.

PRUD. (¡Las feas siempre tienen celos de las bonitas!)

LUISA. ¡Eso no es cierto, señora!

AMPARO. Dejémonos de cuentos, y múdate cuanto antes.

LUISA. ¡Abandonar mi bohardilla, Dios mio! ¡si yo pudiera doblar el alquiler!...

PRUD. (¡Pobre muchacha!)

AMPARO. Es inútil; te he dicho que te marches, y...

PRUD. Y no se marchará. (Interponiéndose.)

AMPARO. ¡Cómo! usted...

LUISA. ¡Caballero!...

PRUD. No se mueva usted de la bohardilla...

AMPARO. Pero...

PRUD. Yo respondo de esta jóven. Yo, Prudencio Alcantarilla y Torremocha, hacendado en Antequera y procurador síndico de idem.

LUISA. ¿Á qué debo el favor que usted me dispensa?

PRUD. No se aflija usted, hija mia; á mi lado nadie tiene penas.

AMPARO. Pero, don Prudencio, mi casa...

PRUD. Su casa de usted es la casa de Tócame-Roque desde e año doce... y sobre todo, yo alquilo la bohardilla por doble precio.

LUISA. ¡Oh!

PRUD. Para usted; bien entendido, y si alguien se opone compro toda la casa.

LUISA. Pero, caballero, yo no puedo aceptar sus beneficios sin saber...

PPUD. Usted no tiene que saber nada. He venido á Madrid á divertirme, y me divierto haciendo bien á los demas. Conque suba usted á su bohardilla y no tema nada, que yo estoy aqui para defenderla. ¡Ah! ¿usted es costurera, ¿no es cierto?

LUISA. Si, señor.

PRUD. Tengo que hacer á usted un encargo importante; un encargo de... En fin, mañana tendré el gusto de saludarla. Márchese, márchese pronto, y no vuelva á pisar estos umbrales.

LUISA. (¡Qué hombre tan raro y tan bueno!)

ESCENA XIII.

DOÑA AMPARO y DON PRUDENCIO.

AMPARO. Pero ya conoce usted, don Prudencio, que hacer bien sin saber á quién...

PRUD. ¡Basta!

AMPARO. El que dá pan á perro ajeno, pierde pan y pierde perro.

PRUD. ¡He dicho que basta! Yo tomo á esa jóven bajo mi proteccion.

ESCENA XIV.

DICHOS, DON CÁRLOS.

CÁRLOS. Ya he escrito á mi madre.

PRUD. Y yo he visto á Luisa.

CARLOS. ¡Cómo! y le ha dicho usted tal vez...

PRUD. ¡Vaya si le he dicho! Esta señora lo ha presenciado todo. ¡Oh! no le han quedado ganas de volver.

AMPARO. Pues si... usted por el contrario...

PRUD. (Diga usted que la he reñido mucho.) (Ap. á Amparo.) A

Jayme y Fuentes foro Derecha

ciertas personas se las trata á baqueta. Diga usted que la he tratado á baqueta. (Id.)

CARLOS. Eso ha sido una crueldad... una falta de consideracion que debo reparar inmediatamente.

PRUD. ¡Eh!... ¿olvidas que tu madre está delicada y que espera con ansia carta tuya? (Deteniéndole.)

CARLOS. ¡Ah! ¡es verdad!

ESCENA XV.

DICHOS y TODOS.

EDUAR. Don Prudencio, ya está todo preparado en la fonda del Cisne.

PRUD. Pues marchemos, y que haya broma de largo. Tengo ganas de que nos echen á palos, doña Amparo.

AMPARO. Angelito, déme usted el brazo.

ANG. ¡Pues tambien es buena que siempre he de estar yo tirando de usted, prenda!

PRUD. Anda, anda, hijo mio; unos nacen para ir en coche, y otros para servir de acémilas.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Una bohardilla. Puerta al fondo. Una ventana con reja en segundo término á la derecha. Sobre el marco de esta dos macetas con alhelies. Á la derecha una puerta oculta bajo una cortina de indiana.—En el fondo y al lado de la puerta una cómoda de pino; una mesita de labor y algunas sillas de pino. Encima de la mesita hay un lio de ropa. Al levantarse el telon. Luisa abre la ventana.

ESCENA PRIMERA.

LUISA, despues DOÑA AMPARO.

LUISA. ¡Dios mio! qué tarde es... y yo sin llevar mi labor á la tienda... voy....

AMPARO. Buenos dias, niña.

LUISA. ¡Ah! doña Amparo.

AMPARO. ¿Estás arreglando tu salita?... haces bien, porque las bohardillas necesitan aseo y ventilacion. ¡Esta tiene unas vistas! ¡Cá! ¡si parece esta ventana un coche parado! ¿Aqui estarás muy contenta?

LUISA. Si señora... sentiria tanto tener que mudar de habitacion...

AMPARO. Lo creo. Soy una mujer tan simpática que... en fin, no es por alabarme: pero las gentes que entran en mi casa no saben salir de ella. Y esto es hereditario, porque mi difunta tia Beremunda era lo mismo que yo... Tu pobre madre nos debe mas favores!!...

LUISA. ¡Ah! ¡mi madre!

AMPARO. Si no hubiera sido por nosotras... En fin, no murmuremos del prójimo... Todos tenemos trabajos en este mundo y...

LUISA. Doña Amparo...

AMPARO. No, á mí no me gusta hablar de nadie... Tengo un corazon tan bondadoso; por cualquier cosa se me irrita la vilis y le *planto* una fresca al lucero vespertino. Mira cómo me puse ayer contigo por una vagatela. Me habian dicho que Angelito te hacia muecas...

LUISA. ¡Oh! le juro á usted...

AMPARO. Si sé que es falso... pero ya ves, como le quiero tanto... y una se va pasando de *color*... y los mayorazgos no andan de sobra, y las casas de huéspedes *sueltan* ya muy poco...

LUISA. ¿Y piensa usted casarse pronto?

AMPARO. Estamos esperando de un momento á otro el consentimiento de papá.

LUISA. ¿Cómo?

AMPARO. ¡Del papá de Angelito!... Ya he hablado á don Prudencio para que abone mis prendas morales en caso necesario.

LUISA. ¿Y usted cree que don Prudencio?...

AMPARO. Don Prudencio es un buen señor, que se interesa mucho por los Remiendabotin. Como que es casi de la familia. Y á propósito; he subido para darte un consejo.

LUISA. ¿Qué consejo, señora?

AMPARO. Mira, Luisa; ya que don Prudencio te protege, no desperdicies la ocasion. Desoye las palabras de los estudiantes, porque estos no dan mas que libros viejos y desazones. Lo sé por experiencia.

LUISA. Pero yo... no comprendo...

AMPARO. Vamos, tontuela; que si pidiese tu mano un señor de campanillas... Esto no son mas que presunciones mias... pero esa proteccion repentina...

LUISA. ¿Es posible que usted crea?

AMPARO. No hay motivo para asustarse; al contrario. ¡Ay! quien pudiera casarse con un señor de campanillas!

Jayme Foro Deredia

ESCENA II.

DICHOS, EDUARDO.

EDUAR. ¡Señora doña Amparo! (Dentro.) ¡Eh! ¡Doña Amparo!

AMPARO. Ya está con don Eduardito alborotando. ¡Cuando digo que no pueden vivir sin mí!

EDUAR. ¡Ah! ¡gracias á Dios! he tenido que ponerme al nivel de los tejados para encontrar á usted. Dispénseme usted, Luisa, el modo brusco que he tenido de penetrar en su domicilio.

LUISA. Usted es muy dueño.

EDUAR. Sé que el domicilio es inviolable; pero cuando uno está para graduarse... ¿No sabe usted (Gritando á doña Amparo.) que tengo que graduarme, señora doña Amparo?

AMPARO. Si, señor: ¿y qué?

EDUAR. ¿Cómo y qué? Quiere usted que me presente delante del tribunal con un gaban que ha visto la toma del parque viejo por los franceses? Me reprobarian por... retrógrado.

AMPARO. Usted dispense... tengo una cabeza...

EDUAR. Pues le hacen á usted falta dos.

AMPARO. Ese frac debe estar en el cuarto de Angelitó, porque...

EDUAR. Vamos, señora, vamos, que es muy tarde.

AMPARO. ¡No atropelle usted!

EDUAR. ¿Pero no oye usted que es muy tarde? ¡Voto á las barbas de Galeno!...

AMPARO. ¡Ay! ¡qué juramento! (Sale por el fondo tapándose los oidos.)

EDUAR. Luisa, el dia en que se toma el grado, es un dia solemne: dentro de media hora, la humanidad afligida me dará el cariñoso nombre de padre.—Correrá el Jerez; el Champaña enturbiará nuestras inteligencias... y yo tendré el gusto de traer á usted dos... pesetas de almendras agarapiñadas.

LUISA. De ningun modo... no aceptaré...

EDUAR. *Satis*... Las ciencias y las modistas se repelen... pero se buscan. ¡Adios! (Al salir precipitadamente tropieza con don Prudencio.)

Casañas idem

ESCENA III

LUISA, DON PRUDENCIO.

PRUD. ¡Ay!
EDUAR. Usted dispense. (Bajando.)
PRUD. ¡Qué tacto tiene este chico! empieza su carrera destornillando la humanidad.
LUISA. ¿Le ha hecho á usted daño?
PRUD. Á mí no me hace daño nada. Soy de goma elástica. Y usted, ¿está ya mas tranquila, encantadora jóven? Si, esas mejillas sonrosadas y esos ojos de azabache, indican... (¡Pues no la estoy echando flores!) (Conteniéndose.)
LUISA. Tome usted asiento, caballero.
PRUD. ¡Muchas gracias!—Estoy deprisa. Tengo que ir á ver los patos del Retiro. Hace veinte años que no les he echado pan, y les debo una rosca.
LUISA. Creo que tenia usted que hacerme un encargo...
PRUD. Si... tengo... (La verdad es que no sé qué decirla.)
LUISA. ¿Qué?...
PRUD. Que... ¡qué bonita es esta bohardilla! Me gusta mucho.
LUISA. ¡Está tan alta!
PRUD. Asi estará usted en sesion permanente con los pájaros.
LUISA. Son mis amigos. (Riendo.)
PRUD. (¡Pobrecilla, con qué inocencia se rie!)
LUISA. Conque... ¿qué tiene usted que mandarme?
PRUD. ¡Ah!... si... la... ¿Sabe usted hacer cuellos? (Con gravedad.)
LUISA. Si, señor; es uno de los artículos que se confeccionan en mi obrador.
PRUD. Pues yo necesito... Con permiso de usted voy á sentarme.—¿Tiene usted prisa?
LUISA. Si, señor; pero...
PRUD. ¡Ah! pues entonces me siento. (Sentándose.) Pues me hacen falta una docena de cuellos... para... para... (Nunca me los he puesto.)
LUISA. Usted dirá.
PRUD. ¡Ah! si... yo... claro es... para cuando usted quiera, Luisa.—¿No se llama usted Luisa? ¡Bonito nombre! ¡muy bonito!... (Momento de pausa.) Y hace mucho tiempo que vive usted en la córte?

LUISA. Desde muy niña. Mi pobre madre era artesana, como yo, trabajando para vivir. Despues... no sé por qué causa, se marchó á casa de un tio suyo que habitaba en una aldehuela de la Rioja. Allí pasé mis primeros años: pero aquel protector murió y tuvimos que volvernos á esta bohardilla. ¡Mi madre me enseñaba á trabajar... y rezar!

PRUD. ¿Conque tan chiquirritita... ya la hacian á usted trabajar?

LUISA. Nuestro único patrimonio era la aguja. En fin, al cabo de un cierto número de años ya pude yo llevar el peso de la casa. Abundaba el trabajo... mi madre descansaba... trabajaba yo... y las dos eramos felices!

PRUD. ¡Felices! (¡Yo no puedo oir esto!) Mire usted, hágame usted dos docenas de cuellos.

LUISA. Pero ¡ay! ¡aquella felicidad duró poco tiempo! ¡Mi madre espiró entre mis brazos!... y me quedé completamente sola en el mundo.

PRUD. ¡Sola!... ¡sola... y tan jóven! (*Muy enternecido.*) Mire usted, hágame tres docenas de cuellos.

LUISA. ¡Ah! ¡observo que mis penas le han afligido á usted!

PRUD. ¡Qué disparate! (*Enjugándose las lágrimas.*)

LUISA. ¡Está usted llorando!

PRUD. ¡Es que todas las mañanas me llora el ojo derecho, y algunas veces el izquierdo tambien! (*Guardándose el pañuelo.*) Conque por lo visto, ¿usted no ha tenido padre nunca? Es decir... ¡Qué barbaridad! Claro que le habrá usted tenido, pero...

LUISA. (*Bajando los ojos.*) Mi madre no me hablaba nunca de él.

PRUD. ¡Comprendo!... ¡se marcharia tal vez al Nuevo Mundo en busca de fortuna, y sucumbiria allí víctima de su ambicion! ¡Inhumano! ¡abandonar un ser tan interesante!... exponerle á... (*D. Prudencio ha tirado de un puñetazo la mesita de coser.*) Usted dispense, pero la indignacion que siento hácia el autor de sus dias!... (*D. Prudencio recoge de rodillas los objetos de labor que ruedan por el suelo.*)

LUISA. ¿Qué hace usted? (*Bajándose y recogiéndolos con él.*)

PRUD. Déjeme usted recoger estos enreditos.

LUISA. De ningun modo.

PRUD. Mire usted, habia venido á pasar quince dias alegremente á Madrid; pensaba divertirme en grande, tirando el dinero por las ventanas; pero confieso que su posicion

de usted me ha entristecido de un modo, que soy hombre al agua.

LUISA. ¡Dios mio! ¡y yo he tenido la culpa! ¡Ya siento haberle contado mi historia!

PRUD. Al contrario; hable usted, hija mia; desahogue usted su pecho. Yo soy un canalla, pero tambien un buen hombre.

LUISA. ¡Oh! si, lo comprendo, usted es la única persona que ha derramado una lágrima por mí.

PRUD. ¡Una! no, han sido dos, gordas como puños... Pero aun podria usted decirme mas si quisiera; yo sé que me oculta usted un secreto.

LUISA. ¡Un secreto!

PRUD. Un secreto amoroso.

LUISA. ¡Ah! (Bajando los ojos.)

PRUD. Ese ¡ah! tan mono, prueba que es cierto. Luisa, yo he sido pollo, yo he tenido veinte años, yo he llevado, en fin, el sobrenombre de La buena alhaja!... Ábrame usted su corazon.

LUISA. (Con timidez.) ¿Usted conoce á Cárlos?

PRUD. Desde que se hacia chichones contra los muebles. Si, conozco á ese Cárlos, que la ama á usted como un loco.

LUISA. (Con alegria.) ¡Es posible!

PRUD. Es decir, como... (Ya empiezo á embrollarme.) Y de no saber qué opinion tiene usted formada de él.

LUISA. Yo...

PRUD. (Ya he dicho otra tonteria.)

LUISA. Como viviamos en la casa, le encontraba con frecuencia en la escalera.

PRUD. Yo suprimiria las escaleras.

LUISA. Al principio desoí sus protestas amorosas, pero se mostraba tan bueno, tan respetuoso conmigo, que...

PRUD. Que concluyó usted por amarle.

LUISA. ¿Y cómo impedirlo? (Con sencillez.)

PRUD. Cambiando de casa.

LUISA. Cárlos me hubiera encontrado... Ademas, yo misma necesitaba verle; vivia sola en el mundo, y él consolaba mis penas.

PRUD. Lo comprendo.

LUISA. Eso si, me decia yo, «¿por qué escuchas sus engañosas palabras? ¡Un dia te abandonará sin motivo, y te morirás de dolor en el fondo de tu bohardilla!»

PRUD. Cárlos no es capaz de cometer una infamia de esa clase... (¡Ay! (Conteniéndose.) ¡ya van tres barbaridades en un minuto!) Quiero decir, que aunque eso sucediera, no se moriria usted.

LUISA. ¡Oh, si me moriria!... No me he atrevido á confesarle aun la intensidad de mi cariño, pero conozco que he concentrado en él todas las afecciones de mi corazon.

PRUD. Lo creo, pero... si por una causa imprevista... Cárlos...

LUISA. ¡Qué! ¡Dios mio! ¿le ha dicho á usted algo?

PRUD. (¡Buena la hemos hecho!)

LUISA. ¡Hable usted... hable... su silencio me mata!

PRUD. Pues no me ha dicho nada, vaya.

LUISA. ¡Entonces, usted es el que intenta labrar mi desgracia!

PRUD. ¡Yo! ¡Primero me dejaria cortar las orejas! Al contrario, deseo verla á usted feliz y cas... (Malo, ya pierdo los estribos.)

LUISA. ¡Ah! gracias... sus palabras de usted me infunden una alegria, una confianza... Usted hablará á Cárlos...

PRUD. ¡Yo!

LUISA. Es decir, le impedirá usted que...

PRUD. Bueno, le hablaré, vamos... (Pues no le estoy diciendo que le hablaré.)

LUISA. Voy á llevar esta labor á la tienda, si usted me dá su permiso, porque urge. ¡Ay! (Mirando las flores con pena.) con su visita no he cuidado las flores esta mañana. Hasta luego, vecino, usted cerrará mi palacio.

PRUD. (Pero yo necesito desengañarla.) Luisa, niña, Luisa.

LUISA. ¿Qué?

PRUD. ¿Qué?... que cuidaré las flores, ya que he tenido la culpa de que no se rieguen. Márchese usted tranquila.

ESCENA V.

D. PRUDENCIO.

¡Habráse visto compromiso igual!... vengo á reñirla, á romper estas relaciones, y *zás*, me enternezco, me embrollo, y solo sé decirla: «Pierda usted cuidado, yo arreglaré el negocio.» ¡Ay, Prudencio, cuando te digo que eres un borrico! ¿Y por qué? Es justo que suma á esta pobre jóven en la desesperacion, como á Eduvigis? No,

Cuarto idem.

señor; el hombre bueno no debe reparar en clases... si es modista, mejor!... que lo hubiera pensado antes. Tarambana! enamorar á una pobre muchacha, tan inocente y tan... ¡Oh! ¡pues cuando le vea, le voy á echar un sermon!... ¡Ya no se escapa de entre mis uñas! ¡Ay! y yo que he prometido á Luisa arreglar sus macetas. Manos á la obra. (Toma una de sobre la ventana, la pone en el suelo, se arrodilla, y empieza á arañar la tierra con los dedos. Todo cuando lo indique el diálogo.) ¡Of, qué seca está la tierra! Pues no conoce esta muchacha que se le van á secar los alhelies? ¡Alhelies! estas flores prueban el candor de su alma. (Oliéndolas con placer.) Y qué bien huelen. ¡Anda! ¡bonitos me he puesto los dedos, parezco un albañil! ¡Si me viese Cárlos haciendo esto, mereceria que me pusiera una albarda!

ESCENA VI.

DICHO, CÁRLOS.

CARLOS. Luisa. ¡Ah! ¡Don Prudencio!... (Deteniéndose indeciso.)

PRUD. (¡Me pilló!) Pasa, hombre... no te detengas.

CARLOS. ¡Usted aqui! ¿Y Luisa?

PRUD. La golondrina ha abandonado su nido. Está en el obrador.

CARLOS. En el obrador... (Muy agitado.) (Y ¿cómo le participo que?...)

PRUD. (Se ha turbado.)

CARLOS. (Por otra parte, ¿cómo me marcho de este modo?)

PRUD. (Nada; mi presencia le ha desconcertado completamente.) Cárlos, he hablado con ella, sé su vida, he comprendido su inocencia, y he sacado en limpio que eres un tarambana! lo oyes, jóven; ¡un tarambana!

CARLOS. Pero, don Prudencio...

PRUD. (Con acento paternal.) ¿Por qué te has enamorado de Luisa? Vamos á ver, ¿por qué te has enamorado? ¿qué te habia hecho?

CARLOS. Era tan linda, que...

PRUD. Eso es lo que debias haber reflexionado precisamente; que era muy linda, que estaba sola en el mundo, y que tu amor inconsiderado podia conducirla tal vez á una muerte prematura: ¿lo oyes, jóven, lo oyes? á una muer-

te prematura.

CARLOS. No comprendo...

PRUD. ¿No comprendes, eh? Pues sabe que Luisa ha dicho con un acento que hubiera ablandado un marmolillo: «No me he atrevido aun á confesarle toda la intensidad de mi cariño; pero conozco que si me abandonase...» ¿Lo oyes, pollo sin juicio? «¡que si me abandonase me moriria de dolor!»

CARLOS. ¡Pobre Luisa! En fin, yo no soy culpable: mi propósito fué el de no abandonarla nunca: pero usted me ha hecho comprender que hay otros deberes que llenar.

PRUD. ¿Qué, tu propósito... y que yo... Explícate, Cárlos, explícate; yo no he dicho nada.

CARLOS. ¿Olvida usted ya los consejos que me dió ayer?

PRUD. Yo dije que los hijos y las madres... y que los hijos... (¡Á que no sé salir de ahí!) Y ademas, ¿qué tienen que ver los hijos?... (¡Dále!) El que ha cometido una falta debe repararla... ¿Por qué te encontrabas siempre á Luisa en la escalera? ¿por qué te la encontrabas?

CARLOS. Don Prudencio, usted es un hombre generoso y bueno, y por mas que sus palabras esten en contradiccion con su buen juicio, se empeña en defender la causa de Luisa. Ayer lo hubiera sacrificado tal vez todo por ella... pero hoy, ha bastado una sentida carta de mi madre para arrancar la venda que cubria mis ojos.

PRUD. (¡Ay! ¡la madre ahora! ¡Ya son dos contra mí!) Y ¿qué te dice tu mamá? Vamos á ver.

CARLOS. Me dice, que antes de venir á la córte, he empeñado una palabra solemne. Que dos familias estan suspensas del cumplimiento de aquella. Que nuestra fortuna, que su salud quebrantada dependen de mi voluntad. ¿Cómo me atreveria, pues, á exponer la vida de mi madre por un capricho, tal vez pasajero?

PRUD. Todo eso está muy bien; pero ¿por qué te encontrabas á Luisa en la escalera? ¿por qué la encontrabas?

CARLOS. Pero, don Prudencio...

PRUD. Caballero... Cuando un hombre ha empeñado una palabra solemne, no engaña á una humilde artesana, porque esa artesana tiene un corazon inocente y puro que sufre, porque esa artesana tiene un nombre que se deshonra como el de una duquesa.

CARLOS. Sí, yo amo á Luisa, don Prudencio; pero usted mismo

Marquita
Saturnina idem

me ha hecho comprender mis deberes de hijo.

PRUD. ¡Con que es decir, que yo he sido el verdugo de esa pobre jóven! ¡yo, estúpido! ¡yo mal corazon!! ¿Conque es decir, que eres tan canalla como lo era yo á los veinte años, y que abandonas á Luisa, como yo abandoné un dia á Eduvigis? Mira, ¡me causa horror! ¿lo oyes? ¡horror!

CARLOS. ¿Pero usted quiere que desoiga completamente los consejos de mi madre?

PRUD. ¡No me envuelvas! ¿Cómo he de querer eso? (Exaltándose.) Pero ¿te parece regular que Luisa se suicide con fósforos de Cascante?

CARLOS. Usted la consolará.

PRUD. Eso es; ¡yo cometo el pecado y usted lo paga! ¡Usted es el caballo blanco de la casa!—Está bien; yo sé lo que tengo que hacer.—Mira, véte, antes que vuelva, porque estoy temiendo un cataclismo.

CARLOS. ¿Y no he de despedirme de ella?

PRUD. ¡Me gusta la idea! ¿despedirte para abandonarla despues?—¡Vete, monstruo, vete á cumplir tu palabra solemne!

CARLOS. ¿Usted me responde de Luisa?

PRUD. Yo no respondo de nada. ¡Pues no faltaba mas! Es decir; si, hombre, si... yo la consolaré... siquiera por la parte que he tenido en su desgracia.

CARLOS. ¡Ah! ¡no verla mas!... ¡Don Prudencio, no me guarde usted rencor... porque sufro mas que ella!

PRUD. ¡No te aflijas, hombre, no te aflijas! yo tambien he pasado por esas cosas y sé... (Repeliéndole de pronto.) (¡Pues no le estoy consolando!) Márchate, pollo desnaturalizado, márchate, ó teme que haga una atrocidad. ¡Te digo que no quiero verte! m.ᵗ fo. d.

ESCENA VII.

D. PRUDENCIO, despues LUISA.

PRUD. ¡Y yo era el que habia venido á divertirme á Madrid! Pero, señor, ¿qué tengo yo que ver con los estudiantes y con las modistas? Ganas me dan de marcharme y de... ¡Eso es, marcharme! dejar á esa pobre criatura sola para que... ¡vamos, cuando digo que no puede ser! Sin

embargo, ¿cómo le digo ahora: yo soy el culpable, el autor de tu desgracia?—¡Prudencio, ya van dos crímenes!... ¡Prudencio, estremécete de tí mismo!... ¡Ah! oigo pasos... es ella... ¡Pues no estoy sudando!... ¡puf! ¡puf!...

LUISA. ¿Está usted todavia en mi palacio?

PRUD. Si. (¡Pobrecilla! llama palacio á este cuchitril.) He cuidado los alhelies... Mire usted cómo me he puesto los dedos.

LUISA. ¡Ah! ¡cuánto siento!... ¡Qué bueno es usted, don Prudencio!

PRUD. (¡Infeliz! dice que soy bueno.)

LUISA. Creo que su amistad de usted me ha de traer todos los bienes que deseo.

PRUD. Si... mi... (¡Esto no se puede oir con calma!) Mire usted; hágame usted ocho docenas de cuellos.

LUISA. ¿Ha venido alguien?

PRUD. No... es decir, si.

LUISA. ¿Quién?

PRUD. Ha venido... ha venido... ¿Qué edad tiene usted, Luisa?

LUISA. ¡Qué pregunta! Diez y ocho años.

PRUD. (¡Diez y ocho años! la edad en que se hacen las locuras.) Pues bien, ha venido Cárlos.

LUISA. Le he prohibido que suba.

PRUD. ¡Ah! pues no infringirá mas sus órdenes.

LUISA. ¿Qué quiere usted decir?

PRUD. (¡Ahora será ella!)

LUISA. ¡Don Prudeucio, usted está demudado!

PRUD. Acabo de tener un altercado con Cárlos.

LUISA. ¡Con Cárlos! ¡Dios mio! ¡Y por qué!

PRUD. Por... ¿sabe usted que es muy bonito ese traje de indiaua?... ¡á mí me gusta mucho mas la indiana que el terciopelo y la seda... dá cierto aire de candor!...

LUIEA. No se distraiga usted: hablabamos de Cárlos.

PRUD. Si ya lo sé.

LUISA. Y bien; ese altercado...

PRUD. ¡Ese altercado ha sido porque se empeña en irse de caza!...

LUISA. ¿De caza?... ¿pues qué mal hay en eso?... ¡El tiempo está hermosísimo; se distraerá.

PRUD. Eso es lo que yo temo, que se distraiga demasiado... porque piensa estar muchos dias fuera.

Dolores Idem

LUISA. ¿Muchos?... ¡Ah! si, siete ú ocho dias.
PRUD. Mas.
LUISA. ¡Cómo! ¿Quince dias?
PRUD. Mas.
LUISA. ¿Un mes?...
PRUD. Le ha entrado una aficion tan grande á cazar, que no sé á punto fijo el tiempo que estará fuera.
LUISA. (¡Dios mio! ¡Tiemblo sin saber por qué!) ¡Don Prudencio, usted me oculta algo!
PRUD. ¡Yo!... pues bonito soy yo para .. ¡Qué disparate!
LUISA. ¡Oh, si; usted me oculta algo!... ¿Por qué no ha venido Cárlos á despedirse de mí?
PRUD. Porque está arreglando sus baules.
LUISA. ¡Baules para ir de caza!
PRUD. (¡Ya empiezo á embrollarme!) Pues ya lo creo: hay cazador que lleva una galera detras.
LUISA. No, no; eso me lo dice usted por tranquilizarme. ¡En nombre del cielo! ¿Adónde vá Cárlos.
PRUD. Á un sitio muy llanito y muy... y sobre todo á las puertas de Madrid... á Despeñaperros.

ESCENA VIII.

DICHOS, DOÑA AMPARO.

AMPARO. ¿Señor don Prudencio, no sabe usted lo que pasa?
PRUD. Reciente es la noticia.
AMPARO. ¡Ay! ¡Luisa!... ¡qué hombres! ¡qué estudiantes!
LUISA. ¿Qué hay? ¡hable usted!
PRUD. ¡Pero qué ha de hablar, si no sabe una palabra!
AMPARO. ¿Cómo que no sé una palabra? Don Cárlos ha recibido una carta de su madre, y marcha para siempre.
LUISA. ¡Para siempre!
AMPARO. Y segun me ha contado don Angelito, piensa casarse con una rica heredera de su pais.
LUISA. ¡Ah!
PRUD. ¡Luisa, hija mia! ¡esta mujer no sabe lo que se dice! ¡Tranquilícese usted!... (¡Á quién se le ocurre!...) ¡Yo sé que eso es falso! (Á doña Amparo.) (¡Es usted una cotorra con moño!) (Id.)
LUISA. ¡Se vá... se vá sin decirme adios!
PRUD. Pero si vá á volver...

LUISA. ¡No, don Prudencio, no!... ¡mi corazon me dice que se marcha para siempre! Dios mio! Dios mio! qué desgraciada soy!

PRUD. ¡Nó llore usted, Luisa!... ¡no llore usted, hija mia! (¡Ay, asi lloraba Eduvigis!) ¡La pulverizaria á usted! (Á Doña Amparo.)

LUISA. ¡Ah! ¡Y usted me decia que Cárlos me amaba!

PRUD. Y lo afirmo todavia... porque la... lo... Pues bien, no lo afirmo. ¡Cárlos es un canalla, un bribon!... Quiero decirlo á gritos.

AMPARO. Y yo tambien.

PRUD. Usted no tiene que decir nada. (La retorceria á usted el pescuezo asi... ¡trás!) Quién sabe si Cárlos ha tenido razones para...

LUISA. ¡Si... ha tenido razones... claro está! Yo no soy mas que una pobre modista, sin nombre y sin fortuna... él guapo, rico, elegante... le habrán propuesto un enlace ventajoso... ¡Ah, qué loca seria en impedirle que hiciera su felicidad! Sin embargo... ¡no verle mas!... Creo que si me dijera: «¡adios, Luisa!» soportaria este golpe con mas resignacion.

AMPARO. Pues no vendrá, no tenga usted cuidado; cuando los hombres van de viaje, no piensan mas que en la maleta.

PRUD. ¡Ahora lo veremos!... ¡Hola! conque no hay mas que irse asi... (¡Ah! pues si he sido yo el que le ha dicho que no se despidiera. ¡Otra barbaridad!) Voy á buscarle, ¡Luisa!... ¡Valor!... ¡tranquilícese usted... al instante vuelvo!

ESCENA IX.

DOÑA AMPARO, LUISA.

LUISA. ¡Si... subirá!... mi corazon me dice que le volveré á ver.

AMPARO. ¡Ay! no te fies... mira que los hombres tienen el corazon de canchú.

LUISA. ¿Ha oido usted?... un coche se ha parado á la puerta... (Mirando con ansia por la ventana de la bohardilla.)

AMPARO. Si, ese es el coche que le ha de llevar á la estacion.

LUISA. ¡No oigo nada... nada... no suben!

AMPARO. Si te digo que los hombres de ahora no valen nada. Yo estoy temiendo que Angelito me dé un petardo.

ESCENA X.

DICHOS, ANGELITO con una carta en la mano.

ANG. ¡Amparo, Amparo! (Dentro.)
AMPARO. ¡Ay! ¡Es Angelito!
ANG. Vengo del correo: ha habido carta de papá.
AMPARO. ¿Y qué dice?
ANG. Ná, que se niega rotundamente á que me case con usté... y yo, como papá dice eso...
AMPARO. ¡Acaba, tigre, acaba!...
ANG. Vaya, que no me caso con usté, y á vivir.
AMPARO. ¡Ay, yo me muero!... (Fingiendo un desmayo.) un médico... ¡Ay!

ESCENA XI.

DICHOS, EDUARDO con un cucurucho de dulces en la mano

EDUAR. ¿Quién me llama?
ANG. Que se muere doña Amparito.
EDUAR. Veinte docenas de sanguijuelas corriendo.
LUISA. ¡Ya se oye el ruido de los caballos!... ¡Ya suena el látigo!... ¡Dios mio, ha partido sin venir!... ¡Ya estoy sola otra vez en el mundo! (Cae arrodillada y sollozando al pié de la ventana.)

ESCENA XII.

DICHOS, D. PRUDENCIO.

PRUD. ¡No, hija mia! (Acercándose con viveza á Luisa.) ¡aun te quedo yo! (Tendiéndole una mano.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

DOS AÑOS DESPUES.

Gabinete en una casa de campo de D. Prudencio. Muebles sencillos. Mesa con recado de escribir.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon don Prudencio se pasea agitado. Un momento despues Doña Amparo sale por una puerta lateral.

PRUD. ¡Nada! no vienen, y sin embargo... (Mira su reloj.) ¡Friolera! son las doce y media! ¡Ah! ¡doña Amparo!

AMPARO. Ya se ha puesto Luisa el último traje que la ha mandado usted hacer.

PRUD. La señorita Luisa se dice.

AMPARO. Ya vé usted, como una la ha conocido...

EDUAR. Basta: ni estamos en Madrid, ni Luisa es ya la modista de la calle de la Sarten. Es mi hija adoptiva, y por lo tanto quiero que se la trate con el miramiento debido...

AMPARO. ¡Ay, don Prudencio! cómo me hace usted sentir las cadenas de la esclavitud!...

PRUD. ¡Qué es eso de esclavitud!... Pues no fué usted misma quien me rogó que la trajera á mi casa en calidad de ama de llaves, cuando Angelito la dejó plantada?

AMPARO. ¡No me recuerde usted á aquel monstruo!

PRUD. Fui á la corte á divertirme... estaba libre como las aves que cantan en los bosques... rico como la caja de depósitos... Mi bolsillo me gritaba: «diviértete, Prudencio.» Pero mi conciencia me decia: «No, Prudencio; consuela al que llora.» ¿Y qué quiere usted, doña Amparo? aunque soy un canalla, mi conciencia me enterneció: traje á Luisa á esta casa de campo, y desde que tomé esa resolucion creo que soy mas feliz! No cambiaria mi suerte por la de un príncipe.

AMPARO. Si, yo apruebo su conducta de usted; pero el corazon humano es tan ingrato!... Acuérdese usted de Angelito.

PRUD. ¡Dále con Angelito! Le prohibo á usted que hable de ese hipopótamo.

AMPARO. Sin embargo, recuerde usted aquello de: *Tales patrés, tales filis.*

PRUD. ¡No está usted mala filis!

AMPARO. Pero si la madre de Luisa...

PRUD. Ya le he dicho á usted cien veces que no quiero saber historias de nadie. Si la madre de Luisa ha sido mala, Dios es quien tiene que juzgarla. En cuanto á Luisa, ya sabe usted que es un ángel.... y... en fin, tengo proyectos...

AMPARO. ¡Proyectos!... ¡Ay! ya los adivino...

PRUD. ¿Si? (¡Pues chasco te llevas!)

ESCENA II.

DICHOS, D. EDUARDO.

EDUAR. ¿Dan ustedes su permiso?

AMPARO. ¿Qué veo? ¡El señorito Eduardo!

PRUD. ¡Eduardo!

AMPARO. Si me parece mentira que nos volvemos á ver!... Mire usted, está usted mas flaco que cuando le alimentaba yo.

[redacted] Es natural: los cuidados, el estudio... Amigo, este es un gran pais!... Las tifoideas y las gastro-enteritis abundan!

PRUD. Desgraciadamente.

EDUAR. ¿Qué se ha de hacer? el clima las envia y yo las curo.— ¿Y Luisa?

PRUD. Corriendo por el jardin.

EDUAR. ¿Y usted, señora doña Amparo, cómo sigue?

AMOARO. Muy mal, muy mal; las penas y los recuerdos... ¿Ha sabido usted algo de Angelito?

EDUAR. Si, señora; se ha dedicado al comercio de paja y cebada.

PRUD. Ha hecho bien. (¡Lo que es el instinto!)

EDUAR. ¿Qué plan curativo sigue usted?

AMPARO. El mismo que usted me prescribió en Madrid, hace dos años. Acelgas tres veces al dia, y agua de cremor los domingos.

PRUD. ¡Y no se ha muerto usted!

EDUAR. No, porque el plan era excelente; pero ya creo que es tiempo de variar de sistema; la recetaré á usted unas píldoras que he inventado yo mismo, y que lo curan todo.

PRUD. ¿Todo?... Pues yo creo que haria mejor en comer jamon y beber vino de Jerez.

EDUAR. Lo apruebo; y para darle ejemplo yo mismo tomaré una racioncita: he venido en ayunas.

PRUD. ¡Bravo! mande usted que preparen de almorzar á nuestro Galeno. Diga usted á Luisa que deseo hablarla.

ESCENA III.

D. PRUDENCIO, D. EDUARDO.

EDUAR. Conque, amigo don Prudencio, ahora que estamos solos: dígame usted; ¿qué dolencia le aqueja?

PRUD. ¡Á mí!

EDUAR. Saque usted esa lengua, hombre!

PRUD. Para qué, si estoy completamente bueno: lo que se llama bueno.

EDUAR. Pues entonces, no comprendo la llamada!

PRUD. ¡Ya! pues ha sido... ¿Sabe usted que se ha vuelto usted muy formal?—¡Cá! si no parece usted el mismo!

EDUAR. Ya vé usted! la profesion y la edad...

PRUD. Comprendo.—Pues señor, le he hecho á usted venir para darle una sorpresa.

EDUAR. ¡Una sorpresa!

PRUD. ¿Se acuerda usted de Cárlos?... de su antiguo compañero de casa... y de holgazaneria?—Dispénseme usted la frase, pero era usted muy holgazan!

EDUAR. ¿Pues no me he de acordar? Se deshizo la boda que proyectaba su madre para él: se murió esta al poco tiempo, y Cárlos se fué á viajar.

PRUD. Exactamente; pero lo que usted ignora es que ha vuelto, y que dentro de algunos momentos estará entre nosotros.

EDUAR. ¡Oh, felicidad!... Pero, ahora que me acuerdo, ¿cómo tendrá valor de presentarse delante de Luisa?

PRUD. Tiene usted razon; ha sido un ingrato... un... Sin embargo, ignora que Luisa está en mi casa.

EDUAR. ¡Ah, quiere usted darle otra sorpresa!

PRUD. Si, amigo mio; quiero que se vuelvan á ver... porque... mire usted, don Eduardo; he hecho por Luisa cuanto hubiera podido hacer un padre, y sin embargo, no he conseguido labrar su felicidad.

EDUAR. ¿Cree usted que ama todavia á Cárlos?

PRUD. Nunca ha vuelto á pronunciar su nombre, de modo que no he podido averiguar el verdadero orígen de su pena; pero ahora que vuelve el tránsfuga, el ingrato, el mala cabeza... ¡me propongo saber la verdad!—Sin embargo, no crea usted que le faltarian partidos á mi Luisa si ella quisiera aceptar alguno, porque mi fortuna no es de las peores, y todo lo que tengo es suyo.

EDUAR. ¡Suyo!

PRUD. ¿Olvida usted que yo vivo como los hongos, sin flores ni ramas? ¿Á quién mejor podré dejar mis bienes?

EDUAR. Pues siendo asi, no dudo que Cárlos acepte.

PRUD. ¡Oh! es que yo no quiero que Cárlos se case con mis tierras, sino con Luisa! No quiero que se enamore de una rica heredera, sino de la pobre modista de la calle de la Sarten.

EDUAR. Es muy justo; pero no comprendo...

PRUD. Eso corre de mi cuenta. Tengo mi plan, ó mejor dicho, voy á emplear un específico seguro: un específico, ¿está usted? yo tambien entiendo de medicina. Si no se aman, recibiré un golpe muy rudo, porque las penas de Luisa son las mias; pero si por el contrario se aman aun, los casaré inmediatamente, y viviré á su lado; ellos me cuidarán, me reñirán cuando haga alguna tonteria, y seré el viejo mas dichoso de la tierra.

EDUAR. ¡Ah, don Prudencio! los hombres como usted no deberian enfermar nunca.

Saturnina con ramo foro izda

PRUD. Muchas gracias, amigo mio; esa exclamacion en boca de un médico vale mucho... Pero creo que viene Luisa.

ESCENA IV.

DICHOS, LUISA con un gran ramillete de flores en la mano.

LUISA. Le traigo á usted las flores mas lindas que he encontrado en el jardin. ¡Ah!

PRUD. ¡Qué! ¿no reconoces á este caballero?

LUISA. ¡Eduardo!... ¡don Eduardo!... (Turbada.)

PRUD. ¿Te extraña hallar tanta formalidad en quien tan poca tenia?... ¡Es natural!—Pues mira, aqui donde le ves, ha inventado unas píldoras que lo curan todo.

EDUAR. En efecto, Luisa; y será una satisfaccion para mí poderlas emplear en su persona.

PRUD. No, muchas gracias. (Las píldoras que Luisa necesita no son de las que usted confecciona.) (Aparte á Eduardo.)

ESCENA V.

DICHOS, DOÑA AMPARO.

AMPARO. Don Eduardito, el almuerzo se enfria.

EDUAR. ¡Ah!... ¡ya!... (Aun conserva la fraseologia de la calle de la Sarten.)

PRUD. Vamos, hombre, con franqueza... Doña Amparo, trátele usted bien, porque á los médicos es necesario tenerles contentos. (Acompañando á D. Eduardo hasta la puerta del comedor.)

ESCENA VI.

D. PRUDENCIO, LUISA.

PRUD. ¿Conque has estado cogiendo flores para mí?... Pues mira, ¡te lo agradezco!... huelen bien... ¡Sabes que ese traje te sienta á las mil maravillas!... Te dá un airecillo asi...

LUISA. Me lo he puesto por no desairar su obsequio... pero no está bien hecho. (Bajando los ojos.)

PRUD. ¿Conque no está bien hecho? Ya le diré cuántas son cinco á la costurera.

LUISA. Al contrario; no quiero que usted se arruine por mí.

PRUD. ¡Arruinarme! ¿quieres callar?...

LUISA. Usted olvida que mi posicion no me permite gastar trajes de precio.

PRUD. ¿Qué es eso de posicion?... la mia no es de las peores, que digamos.

LUISA. Sin embargo...

PRUD. Y todo lo que tengo te pertenece. ¿No eres por ventura mi hija adoptiva? ¿No hemos convenido en que no recordarias nunca tu vida pasada, ni el chirivitil de la calle de la Sarten?

LUISA. ¡Ah! ¡don Prudencio! ¡cómo podré pagarle los innumerables favores que le debo!

PRUD. ¿Cómo?... aceptando cuanto te dé sin replicar, y divirtiéndote mucho. Mira, cuando te veo correr por las calles del jardin, me pongo tan contento, que empiezo á saltar y á reir como cuando tenia diez años.—Por cierto que ayer al hacer una cabriola me caí dentro de una zanja que estaba llena de barro, y me puse perdido.

LUISA. ¡Dios mio! ¿y se hizo usted daño?

PRUD. ¡Qué disparate! me levanté tan deprisa que volví á caer otra vez dentro.—Pero hablemos de cosas mas importantes.

LUISA. ¿Mas importantes?...

PRUD. Luisa, una jóven como tú, no puede pasar toda su vida cogiendo flores, y oyendo las paparruchas de un pobre viejo como yo.

LUISA. Es cierto, esta existencia tranquila y desocupada, es impropia de mi clase.

PRUD. No, de tu sexo. Ahora bien, he pensado que debia casarte y...

LUISA. ¡Casarme!... (Asustada.)

PRUD. Yo no he tenido nunca ni mujer, ni hijos; pero comprendo que la mision del hombre sobre la tierra es... Porque Dios ha dicho... que... Por otra parte, los pájaros y los insectos, y los animalitos... (¿Á que digo una barbaridad?) En fin, he resuelto que te cases.

LUISA. Le doy á usted las mas expresivas gracias por haber pensado en establecerme... pero... yo...

PRUD. Nada, nada, es mi deber. (¡Bravo! la proposicion no le

ha parecido bien.)

LUISA. Por otra parte... ¿quién aceptaria mi mano?

PRUD. ¿Quién? (Mirándola con intencion.)

LUISA. (¡Cómo me late el corazon!) (Turbada.)

PRUD. ¡Don Eduardo!

LUISA. ¡Eduardo!

PRUD. (¡Bravo, ha puesto mala cara!) Me ha pedido tu mano.

LUISA. ¿Y usted qué ha dicho?

PRUD. Yo le he dicho que no tenia inconveniente.

LUISA. ¡Ah!

PRUD. (Ha dicho «¡Ah! como quien dice: ¡Buena la ha hecho usted!»). Eso si, he añadido: «estoy casi seguro que Luisa no conservà en su corazon ni el mas leve vestigio de sus primeros amores.»

LUISA. Ha hecho usted muy... bien en decir eso... porque en efecto... yo... ¡qué locura!

PRUD. (Pues señor, no cabe duda, está enamorada. Me alegro.)

LUISA. Estoy dispuesta á obedecer sus órdenes...

PRUD. ¿Conque dispuesta?... (Si, como quien dice: «Verdugo, acaba tu obra de destruccion!») No obstante, si esto te aflige demasiado...

LUISA. ¡Qué disparate! estoy muy satisfecha y acepto.

PRUD. (Y se le estan saltando las lágrimas.) ¡Corriente!—pero creo oir el ruido de un caballo... (¡Ay! ¡Cárlos, que llega!) Anda, Luisa; ponte otro prendido: arréglate un poco: corre, hija mia!

LUISA. ¿Quién será? (Queriendo mirar. D. Prudencio se lo impide.)

PRUD. Ponte muy bonita.

LUISA. ¿Para qué?

PRUD. Para que... estés bonita.

ESCENA VII.

D. PRUDENCIO, EDUARDO, despues CARLOS.

PRUD. ¡Eh! Eduardo... ¿hasta cuándo vá usted á estar almorzando? Venga usted: Cárlos ha llegado. (Dirigiéndose al foro.)

EDUAR. ¿Adónde está ese viajero?

PRUD. ¡Cárlos!... (Abrazándolo.)

CARLOS. ¡Don Prudencio! (No está solo: ¿cómo le revelo lo que tanto le interesa?)

EDUAR. ¡Ven á mis brazos, querido compañero de glorias y fatigas!

CARLOS. ¡Tú por aquí!

PRUD. ¿Y cómo estas, hombre, cómo estás?

CARLOS. Perfectamente.

EDUAR. Lo siento.

PRUD. ¿Cómo?

EDUAR. Es decir... tengo unas píldoras que ofrecerte...

PRUD. ¡Déjenos usted de píldoras!—¡Vaya! siéntate, hombre, siéntate!—¿Has perdido á tu madre?—¡Lo siento! ¡Doña Manolita era una señora!!... ¡La conocí el año quince!—¿Y por qué se desbarató aquel casamiento en proyecto?... Por ¡cuestion de intereses:—lo creo.—Yo estuve para casarme tambien, y reñí con mi novia por un perro que se llamaba Redondito.—Conque cuéntame, cómo te ha ido por el extranjero... ¡muy mal!—¡No te habrán dado garbanzos en ninguna parte!—¡Cá! si es un disparate abandonar el pàis en donde se ha nacido! Cuando yo fuí la segunda vez á la coronada villa no tuve mas que sinsabores.—Pero siéntate, hombre, siéntate...

CARLOS. Pues por mi parte solo he tenido disgustos desde que abandoné á ustedes hace dos años.

PRUD. Lo creo: echarias de menos algo.

CARLOS. Si, señor. (¿Qué querrá decir?)

PRUD. Era natural. (Aparte á Eduardo.) Siéntate, hombre, siéntate.

CARLOS. Gracias, no estoy cansado. ¡Esta casa de campo parece una jaula dorada!

PRUD. ¡Pues si supiera quién la ocupa! (Aparte á Eduardo.) ¿Conque no estás cansado? En eso te pareces á mí. Á los veinte años tenia el cuerpo de goma elástica! Me decia algo un chisgaravis en el Tívoli, y ya estaba armada.

EDUAR. Iban ustedes al campo de...

PRUD. No, señor; nos quedabamos allí pegándonos mojicones. ¡Oh! he tenido un genio!... En fin, ¡cuando me llamaban la buena alhaja!...

EDUAR. ¡Eh, como á nosotros! (Á Cárlos, que se rie.)

PRUD. Todos hemos sido iguales. ¿Se acuerdan ustedes cuando empeñamos mi reloj?

EDUAR. ¿Y cuando nos echaron de la fonda del Cisne?

CARLOS. ¡Qué batalla!

PRUD. Yo le hice comer á un mozo la papalina de doña Amparo Remiendabotin.

CARLOS. ¡Já, já!... ¡Aquello si que era vida!

PRUD. ¡Todo lo demas no vale nada! ¿Qué cancion cantabamos entonces? (Recordando.)

CARLOS. EDUAR. } ¡Las habaneras!

PRUD. ¡Ah, ya sé! (Don Prudencio, Eduardo y Cárlos bailan las habaneras y cantan.)

LOS TRES.
Mamá, que me gusta el ros
que lleva ese militar, etc.

(De pronto se paran y toman un aire grave.)

EDUAR. ¡Basta! si me vieran mis enfermos!...

CARLOS. ¡Esto es ridículo ya!

PRUD. He creido que estabamos todavia en la calle de la Sarten, número siete.

CARLOS. Y yo.

EDUAR. Pues excepto Angelito, creo que todos los habitantes de aquella casa famosa se hallan hoy reunidos en esta.

CARLOS. ¿Todos?

EDUAR. Doña Amparo Remiendabotin es el ama de llaves de don Prudencio.

CARLOS. ¡Es posible!... Sin embargo, falta otra persona á quien todos hemos conocido. (Con tristeza.)

PRUD. ¡Ah! (Con alegria comprimida.)

EDUAR. ¿Quién?

CARLOS. Don Prudencio, este es el caso de recordar su historia de usted.

PRUD. ¿Qué historia, calaverilla?

CARLOS. Yo tambien hallé en mi camino una jóven pura, inocente. Llené su corazon de amor, y su cabeza de ilusiones. Un dia la abandoné por correr en pos de un enlace brillante; este se desbarató, y entonces recordé que habia hecho tal vez la desgracia de Luisa.

PRUD. ¡Sigue! (Le daria un abrazo.)

CARLOS. Volví á la córte, subí á la bohardilla!...

PRUD. El pájaro habia volado.

CARLOS. Entonces resolví escribir al párroco de la aldea en que Luisa habia pasado sus primeros años...

PRUD. ¿Y qué?... (¡Cuando digo que le voy á dar un abrazo!)

CARLOS. Inútil es que cuente á ustedes los detalles que sobre Luisa me dió el buen párroco; pues lo importante era

Saturnina puerta Derecha

saber su paradero, y...

EDUAR. ¿Y no lo pudiste encontrar?

CARLOS. No, Eduardo. Luisa ha muerto tal vez pobre y desgraciada... Pero ¿por qué se miran ustedes de ese modo?

EDUAR. Por...

PRUD. Porque...

ESCENA VIII.

DICHOS, LUISA.

LUISA. Don Prudencio...

CARLOS. ¡Qué veo!... ¡Luisa!... (Conteniéndose.) Señorita...

LUISA. ¡Cárlos!!... ¡Cárlos aquí! (Sosteniéndose apenas.)

PRUD. Sí, Luisa; Cárlos, que despues de un largo viaje viene á hacernos una visita. ¿Qué hay en esto de particular? Figúrate que estamos todavia en la calle de la Sarten, número siete.

CARLOS. En efecto... (Este encuentro es providencial.)

PRUD. No hay mas diferencia, sino que tú, que hace dos años no tenias mas medios de subsistencia que tu trabajo, eres hoy la protegida de don Prudencio Torremocha, y la futura esposa de don Eduardo Vesperinas, el cual me ha pedido tu mano, á pesar de no tener mas dote que tus lindos ojos, ni mas bienes que tu honradez y tu hermosura.

CARLOS. ¡Tú!... (Á Eduardo.)

EDUAR. Yo... (Con asombro.)

PRUD. (Á Eduardo con viveza.) ¡Silencio!... ¡Este es el específico!

CARLOS. ¡Conque Luisa ha dado su consentimiento!...

LUISA. ¡Yo!...

PRUD. Pues ya lo creo que lo ha dado; ¡con el alma y la vida! ¿Pues sabes tú lo que vale un médico acreditado?

EDUAR. Cierto es que he inventado unas píldoras, pero no debo permitir...

PRUD. ¡Vamos, no se venga usted haciendo el chiquito!... ¡Finja usted, hombre... finja usted! (Aparte á Eduardo.)

EDUAR. Esa medicina no es legal! (Id.)

PRUD. Mira, Cárlos, te tratamos con franqueza. Eduardo y yo tenemos que escribir unas cartas... importantes, y te dejamos por un momento. Luisa te hará compañia.

LUISA. Por Dios, no me deje usted sola! (Ap. á don Prudencio.)
CARLOS. Yo tambien tengo que hacer... (Id.)
PRUD. Nada, nada; volvemos al instante.

ESCENA IX.

CARLOS, LUISA.

LUISA. (¡Dios mio! qué compromiso!) (Sin saber que hacer.)
CARLOS. (Y qué le digo yo!...) (Id.)
LUISA. (Qué posicion!)
CARLOS. Señorita...
LUISA. Caballero... (Momento de silencio,)
CARLOS. No encuentro palabras con que expresar á usted el regocijo inmenso que he sentido al volverla á ver.
LUISA. ¡Gracias!
CARLOS. Muchas veces... desde que nos separamos, he pensado en usted...
LUISA. ¡Ah!
CARLOS. Muchas veces tambien he luchado con los remordimientos que afligian mi alma.
LUISA. ¡Remordimientos!
CARLOS. Si, Luisa: ¿por qué negarlo? «Si vuelvo á encontrar, me decia, al ángel que abandoné sin piedad, le consagraré mi vida; mi amor y mi fortuna serán para ella.»
LUISA. ¡Cárlos!... ¡Ah! no me hable usted asi!...
CARLOR. «Adivinaré sus deseos, realizaré sus esperanzas, satisfaré sus menores caprichos, y si consigo hacerla feliz, seré el mas dichoso de los hombres!»
LUISA. ¿Conque... es cierto? conque mi corazon no me engañaba cuando me decia á todas horas «te ama»? Pero ¡Dios mio! qué estoy diciendo!... No haga usted caso de mis palabras!
CARLOS. ¡Prosiga usted, Luisa!... no me robe usted la única felicidad que me queda! Dígame usted que se casa contra su voluntad, que no ama á Eduardo, que no le amará nunca!
LUISA. ¡Oh! calle usted, calle usted! si nos oyeran!...
CARLOS. Pero, Luisa...
LUISA. La fatalidad que nos separó un dia nos vuelve á separar hoy. ¡Resignémonos, Cárlos!
CARLOS. ¡Luisa!...

Dolores puerta yzda

LUISA. He dado mi palabra; no puedo retroceder! (¡Dios mio! he esperado dos años para perderlo todo en este dia!) mt. pta. b.

ESCENA X.

CÁRLOS, despues DOÑA AMPARO.

CARLOS. ¡Luisa!... ¡Oh! Yo diré á don Prudencio... Pero ¿tengo por ventura derecho de turbar la felicidad de Eduardo? ¿de destruir las esperanzas del hombre excelente que ha reparado todas las faltas que he cometido yo? ¡Oh! no; he llegado tarde, ¡y este es mi castigo! Es necesario que me marche al momento de esta casa.

AMPARO. ¿Por qué llorará Luisa? ¡Ah, un forastero! (Se vá acercando con curiosidad á Cárlos.)

CARLOS. Pero, marcharme sin descubrir á don Prudencio lo que sé acerca de Luisa... ¡Seria tomar una venganza horrible de ese pobre anciano! No, le dejaré una carta, y me vengaré haciéndole dichoso.

AMPARO. ¡Ay!... ¿qué veo?... ¡don Cárlos!

CARLOS. ¡Doña Amparo! (Se sienta y escribe.)

AMPARO. ¿Usted por aqui, señor don Cárlos de mi alma? ¡Bien decia yo! ¡si aquel jóven tan guapo y tan elegante no puede habernos olvidado!... Á propósito: ¿ha visto usted á mi Angelito? es decir, ¿á aquel Angelito?... ¿No? Pues me han dicho que ahora comercia en paja y cebada... ¡El pobrecillo era tan tragon!!... Conque, y dígame usted: ¿ha visto usted ya á la señorita Luisa? Pero ¡qué fortuna de chica! Bien dicen, «¡fortuna te dé Dios, hijo!...» Por supuesto vendrá usted á casarse con ella... ¡es natural! Como son ustedes ricos los dos ahora... ¡Cá! ¡si van ustedes á ser lo mas felices!... Tómeme usted de ama de llaves; ya tengo cogido el genio á la señorita, y la casa será una balsa de aceite.

CARLOS. ¿Quiere usted callar? (Pegando un puñetazo en la mesa.)

AMPARO. ¡Ay!... Si decia que...

CARLOS. Sus palabras de usted me hacen daño.

AMPARO. ¿Está usted malo? pues un compañero de usted... don Eduardo, ha inventado unas píldoras...

CARLOS. Entregue usted esta carta á D. Prudencio y estos papeles.

AMPARO. Conque ¿adónde está ahora Angelito?

Cañas puerta yzda

CARLOS. ¡En el infierno!

ESCENA XI.

DOÑA AMPARO, despues D. PRUDENCIO.

AMPARO. ¡Pues tiene buen modo de tratar á los conocidos antiguos! ¿Qué mosca le habrá picado?...

PRUD. ¡Hola! ¡no estan! Habrán bajado al jardin!... ¿Ha visto usted á don Cárlos?

AMPARO. ¡Ya lo creo que le he visto! Está completamente desmoralizado... Me ha dado esta carta para usted, y... (Señalando el otro papel.)

PRUD. ¡Para mí! ¿á ver?—¿Qué será esto?—¡No me llega la camisa al cuerpo!

AMPARO. (¿Qué dirá esa carta?) (Acercándose mucho á D. Prudencio.)

PRUD. ¿Hace usted el favor de dejarme?

AMPARO. Pues si estoy ocupándome de los muebles.

PRUD. (Leyendo.) «Querido amigo: durante dos años he abrigado la esperanza de alcanzar el perdon de Luisa.» (Ya lo habrá obtenido, y estará mas contento que una pascua.) «Mi único deseo era obtener su mano.» (¡Vamos, es un buen muchacho á carta cabal!)

AMPARO. ¿Qué decia usted? (Acerándose.)

PRUD. Nada. «Desgraciadamente he llegado tarde para ofrecer á Luisa mi mano y mi fortuna.» (¡Inocente! si esto no es mas que el específico!)

AMPARO. ¿Qué específico?

PRUD. ¿Pero me quiere usted dejar en paz? «Otro mas digno que yo ha sido el elegido.» (Eso es, como que se la iba yo á dar á un confeccionador de píldoras!) «Asi, pues, no quedándome ya nada que esperar, y no pudiendo tampoco ser útil á Luisa, debo poner en conocimiento de usted las noticias que he adquirido sobre su orígen, y la adjunta fé de bautismo le confirmará á usted quién es su padre.» ¿Su padre? ¡esto es grave!

AMPARO. ¿El qué es grave?

PRUD. «Su madre fué en...cajera...» (D. Prudencio palidece y mira á Doña Amparo con aire aterrado.) ¡Encajera!

AMPARO. Pues si se lo hé querido decir á usted cincuenta veces.

PRUD. (Leyendo con voz desfallecida.) «Encajera, y se llamaba...

Saturnina foro izda

(Dejándose caer sobre una butaca.) ¡Ay... ay... yo me pongo muy malo! «Y se llamaba... ¡Eduvigis de Lora!» ¡Ay.. deme usted agua... vinagre!... ¡cualquier cosa!..

AMPARO. ¡Vírgen santísima! (Dando vueltas.) ¿qué tiene usted?... ¡Socorro!

PRUD. ¡Cállese usted... cállese usted... Dios mio! —¡Luisa era la hija de Eduvigis, y yo creí que no le habia dejado mas que mi frac color de avellana!—(Dejándose caer en otra butaca.) ¡Pero no le estoy á usted diciendo que me dé algo, que me muero de felicidad!—¡Llame usted á Luisa! (Levantándose.) ¿Quítese usted de en medio!—¡Luisa! (Gritando.)

ESCENA IX.

DICHOS, LUISA.

LUISA. Don Prudencio, Cárlos se ha marchado para no volver mas. (D. Prudencio corre como un loco de alegria á la ventana, de la ventana á la puerta. Agita todos los llamadores de las campanillas. Luisa y Doña Amparo le siguen en estas evoluciones.)

PRUD. Doña Amparo, que ensillen un caballo! Luisa! por fin he descubierto... Eduardo! que llamen á Eduardo!— No temas, hija mia, yo le alcanzaré aunque corra mas que el viento! Un caballo!... un caballo!...

Jayme y Eduardo foro derecha

ESCENA XIII.

DICHOS, EDUARDO, CARLOS.

PRUD. ¡Ah!

LUISA. ¡Cárlos!

EDUAR. ¿Vé usted lo que son los medicamentos empíricos? Si no le descubro á tiempo la verdad, se nos escapa otra vez.

LUISA. (Á Eduardo.) ¡Cómo! ¿usted no habia pedido mi mano?

PRUD. No; todo ha sido un específico que ha estado á punto de volverme loco.

EDUAR. En ese caso me apresuro á pedir á usted para Cárlos la mano de su hija adoptiva.

PRUD. No, Eduardo; Luisa no es mi hija adoptiva, sino mi hija en propiedad!

EDUAR. } ¡Su hija!
CARLOS. }
LUISA. ¡Qué oigo!
EDUAR. ¡Explique usted!...
PRUD. No me pidais detalles,
porque declaro,
que es mi vida, la vida
del hombre malo;
y en esta historia,
se cuentan mas errores
que existen hojas.
Sin embargo, hay culpables
que me superan:
los que cometen faltas
y las desprecian;
y allá á sus solas,
se burlan noche y dia
de los que lloran.
Te di un protector viejo,
niña afligida,
y el cielo en recompensa
me dió una hija.
Asi en mi pena,
cambié una vieja alhaja
por una nueva.
No perdoneis por esto
mis graves faltas;
seré siempre el tronera,
la buena alhaja:
mas á mi lado,
tú, serás la de oro,
yo la de estaño.

FIN DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.
Madrid 12 de Diciembre de 1861.

El censor de teatros,
ANTONIO FERRER DEL RIO.

Teruel.	J. Soriano.
Toledo.	J. Hernandez.
Tolosa.	F. Artola.
Toro.	A. Rodriguez Tejedor.
Torrevieja.	A. Vela.
Trujillo.	A. Herranz.
Tudela.	M. Izalzu
Tuy.	M. Martinez de la Cruz.
Ubeda.	C. Treviño.
Valencia.	F. de P. Navarro.
Valdepeñas.	A. Garcia Fernandez.
Valladolid.	G. Hernainz.
Valls.	R. Voltas y Moragas.
Velez Málaga.	E. Casamayor.
Vich.	J. Soler.
Vigo.	M. Fernandez Dios.
Villafrca. del Panades	M. Reguart.
Villafranca de los Barros.	J. Guerrero y Romero.
Villanueva y Geltrú.	L. Creus.
Villaro.	T. Astuy.
Villena.	J. Muñoz Ferris.
Vitoria.	S. Hidalgo.
Vivero.	F. Salgueiro.
Zafra.	A. Oquet.
Zamora.	M. Conde.
Zaragoza.	M. Diaz.

La Administracion se halla establecida en la calle de la Salud, número 15, cuarto 2.o, derecha.

CATALOGO

DE LAS OBRAS QUE CORRESPONDEN Á LA ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

ZARZUELAS (1).

DE UN ACTO.

Compromisos del no ver, M.
Donde las dan las toman, L. y M.
El estreno de una artista, L.
El Vizconde, M.
Gato por liebre, M.
Gracias á Dios que está puesta la mesa, M.
La Cabaña, L. M.
Los dos ciegos, M.
Mentir á tiempo, L.
Peluquero y Marqués. L. y M.
Por conquista, M.
Un Caballero particular, M.
Una tempestad en América, L. y M.

Sinfonia concertante sobre motivos de zarzuelas para orquesta y banda, M.

DE DOS ACTOS.

Bethy, L. y M.
El Bachiller. M.
El Marqués de Caravaca, L. y M.
El robo de las Sabinas, M.
El tio Ganiyitas. L.
Entre mi mujer y el negro, M.
Todos locos, L. y M.

DE TRES Ó MAS ACTOS.

Amar sin conocer. M.
Ardides y cuchilladas, L.
D. Crispin y la Comadre, L. y M.
D. Procópio, L. y M.
D. Quijote de la Mancha, M.
El diablo en el poder, M.
El hijo del Regimiento, L. y M.
El Planeta Venus, L.
El Relámpago, M.
El Sargento Federico, M.
El tio Pinini. L.
Entre dos aguas, M.
Estebanillo, L.
Fra-Diávolo, L. y M.
Galanteos en Venecia, M.
Genaro el Gondolero.
Jugar con fuego, L. y M.
La Cantinera de los Alpes, L. y M.
La Cisterna encantada, L.
La Espada de Bernardo, M.
La loca de Edimburgo, L. y M.
La Maga, L. y M.
La Sirena, L.
Los Diamantes de la Corona, M.
Los Expósitos, L. y M.
Los Mosqueteros de la Reina, L. y M.
Mis dos mujeres, M.
Un dia de reinado, M.
Un tesoro escondido, L. y M.

DRAMAS Y COMEDIAS.

DE UN ACTO.

Amores volcánicos.
Bodas ocultas.
Cada oveja con su pareja. (*Primera parte.*)
Cada oveja con su pareja. (*Seg. parte.*)
El Colmado del Puerto.
El suicida.
El Diamante negro.
¡La buena alhaja!
La esperanza de dos mundos, loa.
Pepita.
Plaza sitiada....
Sobrinos que dá el demonio.
Soleá la Trianera.
Suegra, marido y rival.
Una comedia mas.
Un hablador sempiterno.

DE TRES Ó MAS ACTOS.

¡A escape!
Andujar.
Cada oveja con su pareja.
Deudas del corazon.
Deudas pagadas.
El Angel custodio.
El artista vale mas.
El ausente en el lugar.
El Médico de la aldea.
El paraiso perdido.
El ramo de oliva.
Hija y madre.
Historia de una carta.
La aurora de la fortuna.
La bola de nieve.
La loca del Guadalquivir.
La locura de amor.
La Rica hembra.
La rosa y el pensamiento.
Las Biografias.
Las colegialas son colegiales.
Lo que se vé y lo que no se vé.
Los Hijos del pueblo,
Padre y Rey.
¿Para el corazon no hay ley?
¡Por ella!
¿Quién es él?
Una pecadora.
Virginia.

(1) De las obras que van marcadas con la inicial M, pertenece solo la música á esta Administracion, y las que llevan L y M, corresponden á la misma el libreto y la música.